

Realismo y Naturalismo. Características generales del movimiento.

La narrativa realista: Galdós, Clarín y Pardo Bazán

0. Introducción

El Realismo es una corriente artística y literaria que se desarrolla en la segunda mitad del s. XIX y que pretende representar la realidad con el mayor grado de verosimilitud. Los escritores realistas practican fundamentalmente el género narrativo, en especial la novela, que en el realismo alcanza su madurez. El realismo europeo está asociado así a algunos de los grandes novelistas de la historia, como el inglés Charles Dickens (*Oliver Twist*, *David Copperfield*, *Grandes esperanzas*), los rusos Leon Tolstoi (*Guerra y paz*, *Anna Karenina*) y Fiedor Dostoyevski (*Crimen y castigo*, *Los hermanos Karamazov*), o los franceses Honoré de Balzac (cuyas novelas están reunidas bajo el título de *La comedia humana*), Gustave Flaubert (*Madame Bovary*) y Stendhal (*Rojo y negro*). En España la novela realista se desarrolla a partir de 1870 y alcanza su plenitud en la década siguiente.

El Naturalismo, que se suele considerar una versión extremada del Realismo, nació a finales del s. XIX, auspiciado por el escritor francés Émile Zola, quien en *La novela experimental* (1880) propuso aplicar el método científico a la literatura. Para el Naturalismo el novelista debe describir y analizar con minuciosidad al ser humano mostrando cómo su personalidad y su comportamiento están determinados por la herencia biológica y las circunstancias históricas y sociales. Las obras naturalistas reflejan con detalle realidades desagradables y sórdidas: la enfermedad, la miseria, el alcoholismo, la prostitución... con una implícita intención crítica. En España se rechazó en general el determinismo ideológico de Naturalismo, pero algunos autores incorporaron técnicas naturalistas: descripciones minuciosas y muy documentadas (en especial, de realidades desagradables), un narrador más objetivista (que evita los comentarios y juicios sobre la trama), o la constatación de la importante influencia de la familia y del medio en la conducta de los personajes.

1. Características generales

Como ya se ha dicho, el género realista por excelencia es la novela. La novela realista está también vinculada a la existencia de un público burgués que demandaba temas y personajes más próximos a su realidad. Los rasgos más característicos del Realismo son los siguientes, muchos de los cuales contrastan claramente con el Romanticismo:

- **Verosimilitud:** Es el rasgo fundamental que define al movimiento y que se concreta en todos los demás.
- **Ambientación contemporánea** de las tramas, que se desarrollan en el mismo momento histórico en el que se publica la obra (o, como mucho, en un periodo un poco anterior).
- **Descripciones minuciosas**, que con frecuencia exigen una tarea previa de observación y documentación por parte del autor.
- **Profundidad en el tratamiento de los personajes:** Los personajes (en general, abundantes) suelen estar ampliamente caracterizados externa e internamente, y muchos de ellos tienen una psicología compleja. Por otro lado, tienen personalidad propia pero, al tiempo, son representativos de la clase social a la que pertenecen. Los personajes quedan caracterizados también por su forma de hablar, en correspondencia con su grupo social (así aparece a veces la lengua vulgar, las variedades dialectales, etc.). Destaca también la

profundidad de los personajes femeninos, así como la existencia de personajes colectivos (p.e. la sociedad de Vetusta en *La Regenta*).

- **Temas:** Las tramas suelen abordar problemas amorosos (el adulterio, por ejemplo), económicos (como la falta de trabajo) y sociales (los prejuicios, la hipocresía, etc.). El tema fundamental es el conflicto entre el individuo y la sociedad, en el que el primero suele resultar derrotado. Con frecuencia la novela contiene una dura crítica social, evidenciando así la *intención didáctica* de buena parte de la literatura realista.
- **Narrador:** Aunque en las novelas realistas aparecen tanto el narrador interno como el externo, el narrador más característico es el narrador externo omnisciente que interviene en la novela comentando los hechos y emitiendo juicios. Junto a este narrador y el estilo indirecto tradicional, destaca el uso de diálogos, de estilo indirecto libre y del monólogo.

2. La narrativa realista

Los narradores más importantes del realismo español son Benito Pérez Galdós (1834-1920), Leopoldo Alas, "Clarín" (1852-1901) y Emilia Pardo Bazán (1851-1921). Los tres escribieron tanto cuentos como novelas.

2.1. Benito Pérez Galdós

Es un autor con una obra muy extensa y de enorme calidad, que incluye no solo novelas sino también cuentos y obras teatrales. Destaca su capacidad para crear personajes y para integrarlos en un mundo social complejo.

La producción novelesca de Galdós se suele agrupar en tres etapas que reflejan en buena medida la evolución general del movimiento realista en España:

Novelas de la primera época: La mayoría son *novelas de tesis* en las que se expone el conflicto entre las ideas progresistas y las reaccionarias. Galdós ataca en ellas la intolerancia y el fanatismo político y religioso. La obra más representativa de esta época es quizá *Doña Perfecta* (1876), cuya protagonista, bajo la apariencia de ser una mujer bondadosa, es en realidad intolerante, hipócrita y cruel.

A esta primera época pertenece también *Marianela* (1878), cuyo tema central es el conflicto entre los ideales y la realidad.

Novelas contemporáneas: En esta segunda etapa se incluyen las mejores novelas de Galdós. En ellas recrea con gran detallismo la sociedad madrileña de la época, centrándose en el retrato de la burguesía y las clases medias, con incursiones en el mundo de los desfavorecidos. Los personajes adquieren gran complejidad y Galdós desarrolla con maestría diversos recursos técnicos y retóricos: el diálogo, el narrador externo omnisciente que comenta los hechos, el monólogo interior, el estilo indirecto libre, e incluso el "modo teatral" (los personajes dialogan sin intervención del narrador, como en una obra de teatro). Destaca también el uso del humor y la ironía.

Entre las obras más destacadas de esta etapa se encuentran *La desheredada* (1881), *Tormento* (1884) y *Miau* (1888), aunque su obra maestra es *Fortunata y Jacinta* (1886-87). En esta novela se contraponen dos complejos personajes femeninos, representantes de dos mundos sociales opuestos: Jacinta (una mujer burguesa) y Fortunata (de extracción humilde). Ambas representan la inocencia y la generosidad, frente a los escasos escrúpulos morales del personaje masculino, Juan Santa Cruz, quien seduce a Fortunata pero acaba casándose con Jacinta. La

acción, de desarrollo lineal, transcurre en un Madrid detalladamente descrito y por ella desfila una impresionante galería de personajes secundarios.

Novelas espiritualistas: En estas novelas Galdós muestra su desilusión ideológica por la incapacidad de la burguesía para transformar la sociedad. Los protagonistas son ahora individuos muy humildes que proceden de los barrios más miserables de Madrid y que tienen altos valores morales y un gran sentido del deber. Los valores evangélicos (amor y caridad) orientan la acción de los protagonistas. Entre estas novelas destacan *Nazarín* (1885) y, sobre todo, *Misericordia* (1887), cuya protagonista, Benina, una criada pobre, pasa todo tipo de privaciones para ayudar a su ama, doña Paca, la cual aparenta un estatus económico que ya no posee.

Además de estas novelas, Galdós escribió a lo largo de toda su vida una serie de novelas históricas: los *Episodios nacionales*, 46 narraciones breves en las que recrea, introduciendo protagonistas ficticios dentro del marco histórico, los acontecimientos más importantes de la historia española del s. XIX.

Por lo que se refiere a los cuentos, Galdós tenía una visión particular de este subgénero narrativo, que concebía como muy distinto a la novela. De hecho, la mayor parte de sus cuentos, alejándose de los rasgos típicos del movimiento realista, introducen elementos fantásticos.

2.2. Leopoldo Alas, *Clarín*

Clarín fue un gran conocedor de la literatura europea de su tiempo. Cultivó la crítica literaria y el ensayo. En su obra narrativa se advierten varias influencias, entre ellas ciertos elementos naturalistas y la religiosidad de las corrientes espiritualistas de finales del s. XIX que defendían un cristianismo sincero y tolerante.

Clarín es el más importante de los cuentistas realistas, con relatos de dos tipos: unos en los que predomina la ternura y otros en los que prevalece la caricatura o incluso la burla. Entre sus cuentos más sobresalientes se encuentran “Pipá” y “¡Adiós, Cordera!”.

Escribió solo dos novelas: *La Regenta* (1884-85) y *Su único hijo* (1891). *La Regenta* es considerada la obra maestra del realismo español. Argumentalmente *La Regenta* plantea un triángulo amoroso entre dos hombres (el sacerdote Fermín de Pas y el donjuán Álvaro Mejía) y una mujer (Ana Ozores, esposa de un exregente de la ciudad de Vetusta, Víctor Quintanar). La novela desarrolla el tema del adulterio (frecuente en la literatura realista), en el marco de una sociedad (la de Vetusta, trasunto de Oviedo) en la que dominan la hipocresía, la envidia, la ignorancia, la mediocridad y el tedio. La sociedad de Vetusta se convierte en un verdadero personaje colectivo de la novela.

La novela destaca por la profundidad psicológica de los personajes y la detallada descripción de los ambientes. Están presentes ciertos elementos naturalistas, en especial la explicación de la personalidad y la conducta de Ana Ozores por su orfandad, su severa educación, su matrimonio insatisfactorio y la realidad asfixiante de Vetusta. Entre las técnicas narrativas destaca el uso de los diálogos, el narrador externo omnisciente que interviene en ocasiones para comentar la historia y, sobre todo, el uso del estilo indirecto libre.

2.3. Emilia Pardo Bazán

Emilia Pardo Bazán fue una mujer de intensa actividad intelectual como periodista, narradora y crítica literaria. En este último ámbito publicó en 1883 *La cuestión palpitante*, libro en el que analiza y critica el naturalismo de Zola, admirando su minuciosidad descriptiva pero criticando el determinismo.

En su extensa obra, que incluye también numerosos cuentos, destacan dos novelas: *Los pazos de Ulloa* (1886) y *La madre naturaleza* (1887), que desarrollan la progresiva degeneración de una familia aristócrata que vive en el campo gallego. En ambas se describe la Galicia campesina del s. XIX como un mundo dominado por la ignorancia, la violencia y la crueldad. Los personajes del mundo rural (aristócratas decadentes y embrutecidos, caciques, criados, campesinos) son seres primarios y violentos; los personajes procedentes del mundo urbano, indefensos y débiles, sucumbirán a este ambiente.

En la novelística de Pardo Bazán están presentes elementos naturalistas como las descripciones minuciosas, la influencia del medio en la conducta de los personajes o la presentación de escenas y situaciones sórdidas o escabrosas, a veces descritas con gran detalle.

2.4. Otros autores

Otros autores importantes de la narrativa realista son los siguientes:

José M^a de Pereda (1833-1906): Practica un realismo regionalista y tradicionalista en el que se exalta la ortodoxia católica y la región cántabra. Sus novelas más destacadas son *Sotileza* y *Peñas arriba*.

Juan Valera (1824-1905): Combina en sus novelas elementos realistas con una visión idealizada de la Andalucía rural. Su obra más importante es *Pepita Jiménez*.

Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928): Sus novelas más conocidas, como *La barraca* o *Cañas y barro*, están ambientadas en Valencia y tienen por protagonistas a individuos marcados por su herencia biológica y el medio social que llegan a cometer acciones brutales y sórdidas. Por todo ello es considerado como uno de los autores españoles más influidos por el naturalismo.

BIBLIOGRAFÍA:

Arroyo, Carlos & Perla Berlato, *Lengua castellana y literatura. 2º Bach. Tesela. Serie Contemporáneos*, Madrid, Oxford, 2013.

Realismo y Naturalismo: Textos

1. Estilo indirecto libre

B. PÉREZ GALDÓS: *La de Bringas*, Cap. XVI – Pensamientos de Rosalía Pipaón.

La pobrecita no podía lucir nada, porque su marido... Ante todo, no se cansaría de repetir que era un ángel, un ser de perfección... Pero esto no quitaba que fuera muy tacaño y que la tuviese sujeta a un mal traer, deslucida y olvidada. Y no era ciertamente porque careciese de medios, pues Bringas tenía sus ahorros, reunidos cuarto a cuarto. ¿Y para qué? Para maldita la cosa, por el simple gusto de juntar monedas en un cajoncillo y contarlas y remirarlas de vez en cuando... Sin duda aquel hombre..., que era muy bueno, eso sí, esposo sin pero y padre excelente..., no sabía colocar a su mujer en el rango que por su posición correspondía a entrambos. Porque ella tenía que alternar con las personas de más viso, con títulos y con la misma Reina; y Bringas, no viendo las cosas más que con ojos de miseria, se empeñaba en reducirla al vestidito de merino y a cuatro harapos anticuados y feos. ¡Oh!, lo que ella sufría, lo que penaba para adecentarse era cosa increíble. ¡Sólo Dios y ella lo sabían!...

2. Monólogo interior

B. PÉREZ GALDÓS: *Fortunata y Jacinta*, Parte IV, II, I – Monólogo de D. Manuel Moreno-Isla.

Las doce de un hermoso día de Octubre, D. Manuel Moreno-Isla regresaba a su casa, de vuelta de un paseo por Hide Park 24... digo, por el Retiro. Responde la equivocación del narrador al *quid pro quo* del personaje, porque Moreno, en las perturbaciones superficiales que por aquel entonces tenía su espíritu, solía confundir las impresiones positivas con los recuerdos. Aquel día, no obstante, el cansancio que experimentaba, determinando en él un trabajo mental comparativo, permitíale apreciar bien la situación efectiva y el escenario en que estaba. «Muy mal debe andar la máquina, cuando a mitad de la calle de Alcalá ya estoy rendido. Y no he hecho más que dar la vuelta al estanque. ¡Demonio de neurosis o lo que sea! Yo, que después de darle la vuelta a la Serpentine me iba del tirón a Cromwell Road... friolera; como diez veces el paseo de hoy... yo que llegaba a mi casa dispuesto a andar otro tanto, ahora me siento fatigado a la mitad de esta condenada calle de Alcalá... ¡Tal vez consista en estos endiablados pisos, en este repecho insoportable!... Esta es la capital de las setecientas colinas. ¡Ah!, ya están regando esos brutos, y tengo que pasarme a la otra acera para que no me atice una ducha este salvaje con su manga de riego. 'Eso es, bestias, encharcad bien para que haya fango y paludismo...'. Pues por aquí, los barrenderos me echan encima una nube de polvo... 'Animales, respetad a la gente...'. Prefiero las duchas... En fin, que este salvajismo es lo que me tiene a mí enfermo. No se puede vivir aquí... Pues digo; otro pobre. No se puede dar un paso sin que le acosen a uno estas hordas de mendigos. ¡Y algunos son tan insolentes!... 'Toma, toma tú también'. Como me olvide algún día de traer un bolsillo lleno de cobre, me divierto. ¡Aquí no hay policía, ni beneficencia, ni formas, ni civilización!... Gracias a Dios que he subido el repecho. Parece la subida al Calvario, y con esta cruz que llevo a cuestas, más... ¡Qué hermosos nardos vende esta mujer! Le compraré

uno... 'Deme usted un nardo. Una varita sola... Vaya, deme usted tres varitas. ¿Cuánto? Tome usted... Abur'. Me ha robado. Aquí todos roban... Debo de parecer un San José; pero no importa... 'Yo no juego a la lotería; déjeme usted en paz'. ¿Qué me importará a mí que sea mañana último día de billetes, ni que el número sea bonito o feo...? Se me ocurre comprar un billete, y dárselo a Guillermina. De seguro que le toca. ¡Es la mujer de más suerte!... 'Venga ese décimo, niña... Sí, es bonito número. ¿Y tú por qué andas tan sucia?'. ¡Qué pueblo, válgame Dios, qué raza! Lo que yo le decía anteayer a D. Alfonso: 'Desengáñese Vuestra Majestad, han de pasar siglos antes de que esta nación sea presentable. A no ser que venga el cruzamiento con alguna casta del Norte, trayendo aquí madres sajonas'. Ya poco me falta. Francamente, es cosa de tomar un coche; pero no, aguántate, que pronto llegarás... Un entierro por la Puerta del Sol. No, lo que es aquí no me he de morir yo, para que no me lleven en esas horribles carrozas... Dan las doce. Allá están los cesantes mirando caer la bola. Buena bola os daría yo. Ahí viene Casa-Muñoz. ¿Pero qué veo? ¿Es él? Ya no se tiñe. Ha comprendido que es absurdo llevar el pelo blanco y las patillas negras. No me mira, no quiere que le salude. Realmente es muy ridícula la situación de un hombre que se tiñe, el día en que se decide a renunciar a la pintura, porque la edad lo exige o porque se convence de que nadie cree en el engaño... Allá va en un coche la duquesa de Gravelinas... No me ha visto... 'Abur Feijoo...'. ¡Qué bajón ha dado ese hombre!... Vamos, ya entro por mi calle de Correos. Si habrá venido a almorzar mi primo... Lo que es hoy me tiene que hacer un reconocimiento en toda regla, porque me siento muy mal... Que me ausculte bien, porque este corazón parece un fuelle roto. ¿Será esto un fenómeno puramente moral? Puede ser. Ya veo yo el remedio... ¡Pero qué verdes están las uvas, qué verdes! Los balcones tan tristes como siempre. ¡Ah!... sale al mirador Barbarita para hablar con la rata eclesiástica... 'Adiós, adiós... vengo de dar mi paseíto... Estoy muy bien, hoy no me he cansado nada...'. ¡Qué mentira tan grande he dicho! Me canso como nunca. Ahora, escalera de mi casa, sé benévola conmigo. Subamos... ¡Ay, qué corazón, maldito fuelle! Despacito, tiempo hay de llegar arriba. Si no llego hoy, llegaré mañana. Seis escalones a la espalda. ¡Dios mío, lo que falta todavía!».

3. Descripción de ambientes y de personajes

B. PÉREZ GALDÓS: *Fortunata y Jacinta* (Parte I, VI, III) – La casa de los Santa Cruz

Los de Santa Cruz vivían en su propia casa de la calle de Pontejos, dando frente a la plazuela del mismo nombre; finca comprada al difunto Aparisi, uno de los socios de la compañía de Filipinas. [...] La casa era tan grande, que los dos matrimonios vivían en ella holgadamente y les sobraba espacio. Tenían un salón algo anticuado, con tres balcones. Seguía por la izquierda el gabinete de Barbarita, luego otro aposento, después la alcoba. A la derecha del salón estaba el despacho de Juanito, así llamado no porque este tuviese nada que despachar allí, sino porque había mesa con tintero y dos hermosas librerías. Era una habitación muy bien puesta y cómoda. El gabinetito de Jacinta, inmediato a esta pieza, era la estancia más bonita y elegante de la casa y la única tapizada con tela; todas las demás lo estaban con colgadura de papel, de un arte dudoso, dominando los grises y tórtola con oro. Veíanse en esta pieza algunas acuarelas muy lindas compradas por Juanito, y dos o tres óleos ligeros, todo selecto y de regulares firmas, porque Santa Cruz tenía buen gusto dentro del gusto vigente. Los muebles eran de raso o de felpa y seda combinadas con arreglo a la moda, siendo de notar que lo que allí se veía no chocaba por original ni tampoco por Realismo y Naturalismo – 2º Bach. IES Auga da Laxe

rutinario. Seguía luego la alcoba del matrimonio joven, la cual se distinguía principalmente de la paterna en que en esta había lecho común y los jóvenes los tenían separados. Sus dos camas de palosanto eran muy elegantes, con pabellones de seda azul. La de los padres parecía un andamiaje de caoba con cabecera de morrión y columnas como las de un sagrario de Jueves Santo. La alcoba *de los pollos* se comunicaba con habitaciones de servicio, y le seguían dos grandes piezas que Jacinta destinaba a los niños... cuando Dios se los diera. Hallábanse amuebladas con lo que iba sobrando de los aposentos que se ponían de nuevo, y su aspecto era por demás heterogéneo. Pero el arreglo definitivo de estas habitaciones vacantes existía completo en la imaginación de Jacinta, quien ya tenía previstos hasta los últimos detalles de todo lo que se había de poner allí cuando el caso llegara.

B. PÉREZ GALDÓS: *La de Bringas* (Cap. XII) – Retrato de Manuel María José Pez

Era este Pez el hombre más correcto que se podía ver, modelo excelente del empleado que llaman alto porque le toca ración grande en el repartimiento de limosnas que hace el Estado; hombre que en su persona y estilo llevaba como simbolizadas la soberanía del Gobierno y las venerables muletillas de la Administración. Era de trato muy amable y cultísimo, de conversación insustancial y amena, capaz de hacer sobre cualquier asunto, por extraño que fuese a su entender oficinesco, una observación paradójica. Había pasado toda su vida al retortero de los hombres políticos, y tenía conocimientos prolijos de la historia contemporánea, que en sus labios componíase de un sin fin de anécdotas personales. Poseía la erudición de los chascarrillos políticos, y manejaba el caudal de frases parlamentarias con pasmosa facilidad. Bajo este follaje se escondía un árido descreimiento, el ateísmo de los principios y la fe de los hechos consumados, achaque muy común en los que se han criado a los pechos de la política española, gobernada por el acaso. Hombre curtido por dentro y por fuera, incapaz de entusiasmo por nada, revelaba Pez en su cara un reposo semejante, aunque parezca extraño, al de los santos que gozan la bienaventuranza eterna. Sí, el rostro de Pez decía: «He llegado a la plenitud de los tiempos cómodos. Estoy en mi centro». Era la cara del que se ha propuesto no alterarse por nada ni tomar las cosas muy en serio, que es lo mismo que resolver el gran problema de la vida. Para él la administración era una tapadera de fórmulas baldías, creada para encubrir el sistema práctico del favor personal, cuya clave está en el cohecho y las recomendaciones. Nadie sabía servir a los amigos con tanta eficacia como Pez, de donde le vino la opinión de buena persona. Nadie como él sabía agradecer a todos, y aun entre los revolucionarios tenía muchos devotos.

Su carácter salía sin estorbo a su cara simpática, sin arrugas, admirablemente conservada, como ciertas caras inglesas curtidas por el aire libre y el ejercicio. Eran cincuenta años que parecían poco más de cuarenta; medio siglo decorado con patillas y bigote de oro oscuro con ligera mezcla de plata, limpios, relucientes, declarando en su brillo que se les consagraba un buen ratito en el tocador. Sus ojos eran españoles netos, de una serenidad y dulzura tales, que recordaban los que Murillo supo pintar interpretando a San José. Si Pez no se afeitara el mentón y en vez de levita llevara túnica y vara, sería la imagen viva del Santo Patriarca, tal como nos le han transmitido los pintores. Aquellos ojos decían a todo el que los miraba: «Soy la expresión de esa España dormida, beatífica, que se goza en ser juguete de los sucesos y en nada se mete con tal que la dejen comer tranquila; que no anda, que nada espera y vive de la ilusión del presente mirando al cielo, con una vara florecida en la mano; que se somete

a todo el que la quiere mandar, venga de donde viniere, y profesa el socialismo manso; que no entiende de ideas, ni de acción, ni de nada que no sea soñar y digerir».

Vestía este caballero casi casi como un figurín. Daba gozo ver su extraordinaria pulcritud. Su ropa tenía la virtud de no ajarse ni empolvarse nunca y le caía sobre el cuerpo como pintada. Mañana y tarde, Pez vestía de la misma manera, con levita cerrada de paño, pantalón que parecía estrenado el mismo día y chistera reluciente, sin que este esmero pareciese afectado ni revelara esfuerzo o molestia en él. Así como en los grandes estilistas la excesiva lima parece naturalidad fácil, en él la corrección era como un desgaire bien aprendido. Llevaba a todas partes el empaque de la oficina, y creeríase que levita, pantalón y sombrero eran parte integrante de la oficina misma, de la Dirección, de la Administración, como en otro orden lo eran los volantes con membrete, el retrato de la Reina, los sillones forrados de terciopelo y los legajos atados con cintas rojas.

Cuando hablaba, se le oía con gusto, y él gustaba también de oírse, porque recorría con las miradas el rostro de sus oyentes para sorprender el efecto que en ellos producía. Su lenguaje habíase adaptado al estilo político creado entre nosotros por la prensa y la tribuna. Nutrido aquel ingenio en las propias fuentes de la amplificación, no acertaba a expresar ningún concepto en términos justos y precisos, sino que los daba siempre por triplicado.

CLARÍN: *La Regenta* (Cap. 1, Inicio de la novela): Vetusta

La heroica ciudad dormía la siesta. El viento Sur, caliente y perezoso, empujaba las nubes blanquecinas que se rasgaban al correr hacia el Norte. En las calles no había más ruido que el rumor estridente de los remolinos de polvo, trapos, pajas y papeles que iban de arroyo en arroyo, de acera en acera, de esquina en esquina revolando y persiguiéndose, como mariposas que se buscan y huyen y que el aire envuelve en sus pliegues invisibles. Cual turbas de pilluelos, aquellas migajas de la basura, aquellas sobras de todo se juntaban en un montón, parábanse como dormidas un momento y brincaban de nuevo sobresaltadas, dispersándose, trepando unas por las paredes hasta los cristales temblorosos de los faroles, otras hasta los carteles de papel mal pegado a las esquinas, y había pluma que llegaba a un tercer piso, y arenilla que se incrustaba para días, o para años, en la vidriera de un escaparate, agarrada a un plomo.

Vetusta, la muy noble y leal ciudad, corte en lejano siglo, hacía la digestión del cocido y de la olla podrida, y descansaba oyendo entre sueños el monótono y familiar zumbido de la campana de coro, que retumbaba allá en lo alto de la esbelta torre en la Santa Basílica. La torre de la catedral, poema romántico de piedra, delicado himno, de dulces líneas de belleza muda y perenne, era obra del siglo diez y seis, aunque antes comenzada, de estilo gótico, pero, cabe decir, moderado por un instinto de prudencia y armonía que modificaba las vulgares exageraciones de esta arquitectura. La vista no se fatigaba contemplando horas y horas aquel índice de piedra que señalaba al cielo; no era una de esas torres cuya aguja se quiebra de sutil, más flacas que esbeltas, amaneradas, como señoritas cursis que aprietan demasiado el corsé; era maciza sin perder nada de su espiritual grandeza, y hasta sus segundos corredores, elegante balaustrada, subía como fuerte castillo, lanzándose desde allí en pirámide de ángulo gracioso, inimitable en sus medidas y proporciones. Como haz de músculos y nervios la piedra enrosándose en la piedra trepaba a la altura, haciendo equilibrios de acrobata en el aire; y como prodigio de juegos malabares, en una punta de caliza se mantenía,

cual imantada, una bola grande de bronce dorado, y encima otra más pequeña, y sobre esta una cruz de hierro que acababa en pararrayos. [...]

CLARÍN: *La Regenta* (Cap. 1): Fermín de Pas

Uno de los recreos solitarios de don Fermín de Pas consistía en subir a las alturas. Era montañés, y por instinto buscaba las cumbres de los montes y los campanarios de las iglesias. En todos los países que había visitado había subido a la montaña más alta, y si no las había, a la más soberbia torre. No se daba por enterado de cosa que no viese a vista de pájaro, abarcándola por completo y desde arriba. Cuando iba a las aldeas acompañando al Obispo en su visita, siempre había de emprender, a pie o a caballo, como se pudiera, una excursión a lo más empingorotado. En la provincia, cuya capital era Vetusta, abundaban por todas partes montes de los que se pierden entre nubes; pues a los más arduos y elevados ascendía el Magistral, dejando atrás al más robusto andarín, al más experto montañés. Cuanto más subía más ansiaba subir; en vez de fatiga sentía fiebre que les daba vigor de acero a las piernas y aliento de fragua a los pulmones. Llegar a lo más alto era un triunfo voluptuoso para De Pas. Ver muchas leguas de tierra, columbrar el mar lejano, contemplar a sus pies los pueblos como si fueran juguetes, imaginarse a los hombres como infusorios, ver pasar un águila o un milano, según los parajes, debajo de sus ojos, enseñándole el dorso dorado por el sol, mirar las nubes desde arriba, eran intensos placeres de su espíritu altanero, que De Pas se procuraba siempre que podía. Entonces sí que en sus mejillas había fuego y en sus ojos dardos. En Vetusta no podía saciar esta pasión; tenía que contentarse con subir algunas veces a la torre de la catedral. Solía hacerlo a la hora del coro, por la mañana o por la tarde, según le convenía. [...]

Vetusta era su pasión y su presa. Mientras los demás le tenían por sabio teólogo, filósofo y jurisconsulto, él estimaba sobre todas su ciencia de Vetusta. La conocía palmo a palmo, por dentro y por fuera, por el alma y por el cuerpo, había escudriñado los rincones de las conciencias y los rincones de las casas. Lo que sentía en presencia de la heroica ciudad era gula; hacía su anatomía, no como el fisiólogo que sólo quiere estudiar, sino como el gastrónomo que busca los bocados apetitosos; no aplicaba el escalpelo sino el trinchante.

Y bastante resignación era contentarse, por ahora, con Vetusta. De Pas había soñado con más altos destinos, y aún no renunciaba a ellos. Como recuerdos de un poema heroico leído en la juventud con entusiasmo, guardaba en la memoria brillantes cuadros que la ambición había pintado en su fantasía; en ellos se contemplaba oficiando de pontifical en Toledo y asistiendo en Roma a un cónclave de cardenales. Ni la tiara le pareciera demasiado ancha; todo estaba en el camino; lo importante era seguir andando. Pero estos sueños según pasaba el tiempo se iban haciendo más y más vaporosos, como si se alejaran. «Así son las perspectivas de la esperanza, pensaba el Magistral; cuanto más nos acercamos al término de nuestra ambición, más distante parece el objeto deseado, porque no está en lo porvenir, sino en lo pasado; lo que vemos delante es un espejo que refleja el cuadro soñador que se queda atrás, en el lejano día del sueño...». No renunciaba a subir, a llegar cuanto más arriba pudiese, pero cada día pensaba menos en estas vaguedades de la ambición a largo plazo, propias de la juventud. Había llegado a los treinta y cinco años y la codicia del poder era más fuerte y menos idealista; se contentaba con menos pero lo quería con más fuerza, lo necesitaba más cerca; era el hambre que no espera, la sed en el desierto que abrasa y se satisface en el charco impuro sin aguardar a descubrir la fuente que está lejos en lugar desconocido.

Ana corrió con mucho cuidado las colgaduras granate, como si alguien pudiera verla desde el tocador. Dejó caer con negligencia su bata azul con encajes crema, y apareció blanca toda, como se la figuraba don Saturno poco antes de dormirse, pero mucho más hermosa que Bermúdez podía representársela. Después de abandonar todas las prendas que no habían de acompañarla en el lecho, quedó sobre la piel de tigre, hundiendo los pies desnudos, pequeños y rollizos en la espesura de las manchas pardas. Un brazo desnudo se apoyaba en la cabeza algo inclinada, y el otro pendía a lo largo del cuerpo, siguiendo la curva graciosa de la robusta cadera. Parecía una impúdica modelo olvidada de sí misma en una postura académica impuesta por el artista. Jamás el Arcipreste, ni confesor alguno había prohibido a la Regenta esta voluptuosidad de distender a sus solas los entumecidos miembros y sentir el contacto del aire fresco por todo el cuerpo a la hora de acostarse. Nunca había creído ella que tal abandono fuese materia de confesión.

Abrió el lecho. Sin mover los pies, dejase caer de bruces sobre aquella blandura suave con los brazos tendidos. Apoyaba la mejilla en la sábana y tenía los ojos muy abiertos. La deleitaba aquel placer del tacto que corría desde la cintura a las sienes.

-“¡Confesión general! -estaba pensando-. Eso es la historia de toda la vida”. Una lágrima asomó a sus ojos, que eran garzos, y corrió hasta mojar la sábana.

Se acordó de que no había conocido a su madre. Tal vez de esta desgracia nacían sus mayores pecados.

“Ni madre ni hijos”.

Esta costumbre de acariciar la sábana con la mejilla la había conservado desde la niñez. Una mujer seca, delgada, fría, ceremoniosa, la obligaba a acostarse todas las noches antes de tener sueño. Apagaba la luz y se iba. Anita lloraba sobre la almohada, después saltaba del lecho; pero no se atrevía a andar en la obscuridad y pegada a la cama seguía llorando, tendida así, de bruces, como ahora, acariciando con el rostro la sábana que mojaba con lágrimas también. Aquella blandura de los colchones era todo lo maternal con que ella podía contar; no había más suavidad para la pobre niña. Entonces debía de tener, según sus vagos recuerdos, cuatro años. Veintitrés habían pasado, y aquel dolor aún la enternecía.

4. Elementos naturalistas

E. PARDO BAZÁN: *La madre naturaleza*, Cap. II

También se recogió el atador las mangas de estopa, y sacó de la faltriquera del pantalón una reluciente navaja de afeitar envuelta en un trapo. Agachose bajo la paciente, y empuñando el instrumento, con brioso girar de muñeca y haciendo terrible fuerza en el pulgar, sajó casi en redondo el lobanillo. Bramó y resopló de dolor la vaca, intentando huir; pero estaba bien sujeta y el corte dado ya. Sin hacer caso de los mugidos angustiosos ni de las inútiles sacudidas de la bestia, el señor Antón comenzó a esgrimir la navaja casi de plano, desprendiendo la piel que cubría el tumor, y disecando poco a poco, con certera diestra, sus raíces, como quien desprende de un peñasco los tientos de un adherido pólipio. De rato en rato empapaba con trapos la sangre que corría y le impedía ver. Cada raíz encubría otras más menudas, y la navaja seguía escrutando los ijares del animal, persiguiendo las últimas ramificaciones de la fea excrecencia. Ya casi la tenía desprendida, cuando la vaca, que parecía resignada con su suerte, dio de pronto un empuje desesperado y supremo, logró soltar las patas, derribó de una patada el sombrero de copa alta del algebrista y echó a correr furiosa. Ciega por el terror, fue a batir contra la muralla del emparrado, donde la alcanzó Perucho. La agarró del rabo primero, luego la cogió por los cuernos, y a remolque y a empujones y a puñadas la trajo otra vez a la clínica. El señor Antón acusaba a la moza de no valer nada, de haber aflojado la pata; y Manuela, con los ojos brillantes y la sonrisa en los labios, se ofrecía a sustituir ventajosamente a la aldeana. [...]

-Remángate, Manola -aconsejó sin volver la cabeza Pedro-: si no vas a ponerte perdida.

Notando que él no la miraba, Manolita se remangó. Los chiquillos, rubios como el cerro, que presenciaban la operación absortos, con la pupila dilatada y chupándose el dedo índice, quisieron también cooperar al buen resultado, y vinieron a poner cada uno una manita en los corvejones de la mártir. Poco duró el suplicio. El señor Antón, con su rapidez y maestría acostumbradas, arrojaba ya triunfalmente hacia el campo más próximo una masa sanguinolenta e informe, que era el núcleo del lobanillo y su aureola de raíces. Entre un furioso y desesperado bramido de la vaca al sentir la pez hirviendo que le abrasaba los tejidos, y un ¡carraspo! del algebrista que se levantaba vencedor, se acabó la operación y la víctima fue de nuevo encerrada en el establo. Echáronle en el pesebre un brazado de fresca yerba, y a poco su hocico húmedo, del cual se desprendía un hilo de baba, rumiaba con fruición la dulce golosina.